

ANTONIO MAIRENA

JOAQUIN EL DE LA PAULA

GRAN ARTIFICE DEL
CANTE POR SOLEA DE ALCALA

MONOGRAFIA SOBRE EL CANTE POR SOLEARES
DE ALCALA DE GUADAIRA

Presentación

Tras haberse cumplido el Aniversario de la muerte de JOAQUIN EL DE LA PAULA, el Excmo. Ayuntamiento de su ciudad natal ha acordado declararlo Hijo Predilecto y rendirle así el homenaje, que seguido de otra serie de actos, honrarán la memoria de quien supo ensalzar y enaltecer a su Patria chica a través de un arte tan singular y expresivo para los andaluces como es el Cante.

Conocedor de esta idea Antonio Mairena, se ofreció para tomar parte desinteresadamente en la celebración y puso a disposición de la Comisión organizadora la aportación de su propia participación artística, con el fervoroso entusiasmo que el Maestro prestó siempre a todas las cosas de Alcalá de Guadaira; con el cariño que desde su niñez tuvo a un pueblo y a unas gentes a las que cantó con apasionamiento a lo largo de su dilatada actividad cantaora.

La muerte se nos llevó también a Antonio Mairena y de ahí que hayamos traído el testimonio de sus palabras — en este caso escritas — en esta monografía que edita el Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento como testimonio honroso que revive en esta jornada evocadora la adhesión de Antonio Cruz García, Antonio Mairena, a las cosas de Alcalá de Guadaira en general y a su Cante en particular, que nadie como él supo elevar hasta la cúspide más alta de la fama; unido siempre al tributo de admiración y veneración que constantemente supo pregonar en la rememoración de aquel otro coloso de la mejor casta flamenca que en vida fuera Joaquín Fernández Franco, JOAQUIN EL DE LA PAULA.

Comisión Organizadora

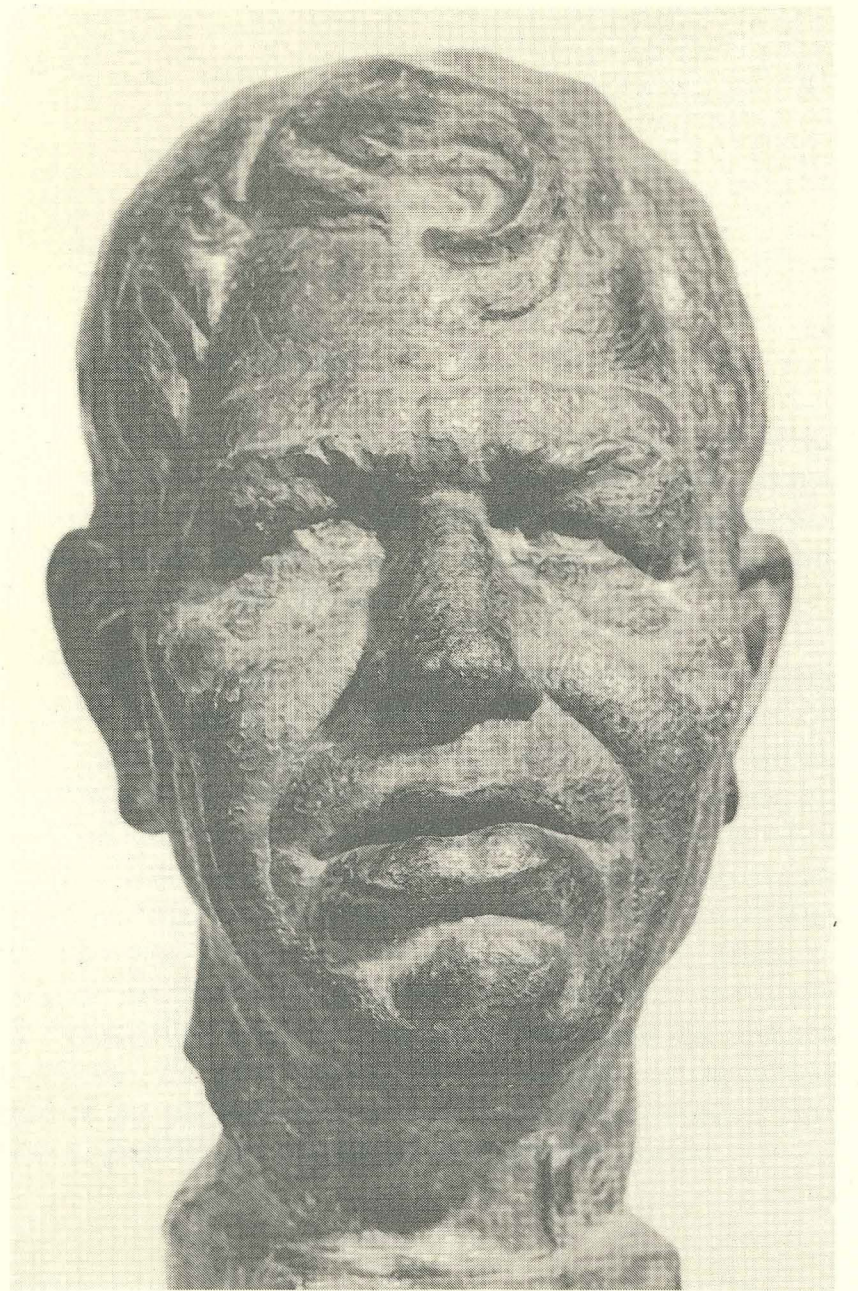
© Antonio Cruz García, Herederos.

Edición Ayuntamiento de Alcalá de Guadaira. 1983-1984.

Imprime: Imprenta Guadaira, S. A. - Alcalá.



Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Alcalá de Guadaira



Queridos amigos:

Resulta lógico y natural que alguien tenga que ocuparse de estas interesantes cosas que permanecen aún sin conocerse suficientemente en el mismo lugar donde se produjo el cante por soleares, hoy llamado *cante de Alcalá*.

Pero raras somos las personas con conocimiento de causa que pueden poner al orden del día estas singularidades y aproximarlas a la reducida afición con que contamos, sobre todo si se compara con los cincuenta mil habitantes de Alcalá de Guadaíra; pero que, dada su gran preocupación por saber cómo se ha producido dentro del fantástico mundo del Flamenco tan peculiar hecho, trata de ejercer su perfecto derecho a informarse de cómo se desarrolló, cuál fue su gestación, cuál su historia humana, en qué estado se encuentra actualmente, qué le ha perjudicado y qué le ha beneficiado. Porque el pueblo de Alcalá es su legítimo dueño.

Para deshacer la nebulosa de factores que giran misteriosamente alrededor de la historia de vuestro cante, y aunque muchos tal vez crean que podemos caer en el disparate por no arrimar el ascua a la sardina que cualquiera desee, lo que habremos de decir en primer lugar es que antes de que todos los cantes tomaran el nombre de *flamencos*, ya el cante de Alcalá era una auténtica realidad, marcada precisamente dentro del cante gitano-andaluz y que fue en sus principios bailable, y puesto para escuchar después; pero para afirmar la forma autóctona de este matiz del cante, debo confesar que antes no se denominaba "de Alcalá", sino cante por soleares, y que luego, por derecho propio y por razones básicamente antropológicas, adquirió el nombre con que hoy es conocido universalmente.

Tomando como principio de este tema la historia y evolución de dicho cante, y dejando a un lado lo que Alcalá fue antes y después de la Reconquista a los árabes, pueblo culto y de un gusto depurado que dejó en una hermosa cumbre, abrazada por el entonces impetuoso Guadaira, cubriendo sus orillas con frondosos cañaverales y grandes alamedas, una hermosa Alcazaba, hoy Castillo de Alcalá, festoneada por las rumorosas aguas de su río, el verdor de su vegetación y su amarillo albero olía a flor de tierra como oro limpio a los ojos del mundo, y ofrecía además una radiante hospitalidad que invitaba a su contemplación y provocaba deseos de asentamiento; es necesario decir que, con toda segu-

ridad, el cante alcalareño, como gitano-andaluz que es, tiene raíces milenarias, pero su historia como tal cante no podemos situarla más que con la fecha de entrada de los primeros gitanos en España, allá por el siglo XV.

Según los datos que se conocen, unos entran por los Pirineos, otros pudieron hacerlo por el Mediterráneo y una tercera penetración a través del Estrecho costeano el Norte de Africa, y se esparcieron por toda la geografía española, estableciéndose en los lugares que ofrecían mayor hospitalidad. Tenemos también datos de que este cante se tuvo que haber formado de manera subterránea hasta principios del siglo XVIII, viviendo su primera luz en el epicentro trianero y notándosele una ya vieja cultura. Fácilmente se comprende que lo que proporcionaron aquellos gitanos fue la levadura de lo que hoy llamamos unos, *cante gitano-andaluz* y otros con el genérico nombre de *flamenco*, adjetivo éste que más bien que aclarar sirve para sembrar confusión.

Antes que Estébanez Calderón hiciera su aparición por Triana, un intelectual polaco había hecho una exploración costumbrista de la célebre Velá de Santiago y Santa Ana; que era más antigua que la Feria de Sevilla, creada más tarde a semejanza de la ya entonces popularísima de Mairena del Alcor, única por demás en Andalucía a la sazón.

Este costumbrista polaco, cuyo nombre es

Carlos Dembowski, publicó un libro titulado *Dos años en España y Portugal durante la guerra civil 1838-1840*, en el que dice: “El tono de esa festividad dábanlo los gitanos que eran allí mayoría”.

Asevera la visita de este personaje a Triana el ilustre cordobés, que un día fuera mi querido amigo e inestimable colaborador, D. Ricardo Molina Tenor, cuando en uno de sus libros afirma: “Un fiel testigo presencial, el polaco Carlos Dembowski, nos dejó detallada descripción de la fiesta de Santiago en el castizo Barrio de Triana”.

“Los gitanos dominan actualmente en el barrio de Triana”, sigue informando Dembowski, “nada había más divertido estos últimos días que ver desbordarse su buen humor con ocasión de la fiesta de Santiago... El puente de barcas que une el barrio a la ciudad era un hormiguero de farolillos; sus calles estaban tapizadas de limones y naranjos y todo el barrio estaba metido en un ambiente de humo de aceite que se elevaba de las mil calderas de hacer buñuelos de los gitanos... Dos gitanas han venido a mi encuentro con amable sonrisa y me han cogido de las manos diciendo:

—¡Venga usted! ¡Ay, qué buen mozo! ¡Venga! Y me han llevado delante de las calderas”.

Tal era la primitiva Triana a que aludía la sugestiva descripción de Dembowski.

Nos hemos de referir ahora a la antigua Feria de Mairena como argumento imprescindible para comprender la aparición del cante de Alcalá, asentarse su levadura en tan bello lugar para que se produjera fenómeno tal de cultura gitano-andaluza.

Según nos refieren los que se han ocupado de esta famosa feria, allá por los siglos XVII y XVIII, coinciden sin discusión alguna en que era única en Andalucía, afirmando que podía calificarse como una Babilonia comercial de la baja Andalucía, a donde acudían negociantes de todas las latitudes de la región, por lo que su población de entonces y sus medios de alojamiento eran insuficientes para atender aquella riada de feriantes principalmente de ganado. Lógicamente, los primeros que acudían como golosas abejas a la colmena eran los gitanos de toda la Andalucía Baja y Alta, debido a lo que rebosaba de los negocios en los que podrían participar y que eran fabulosos, ya que por aquel entonces el gitano estaba considerado como una lacra social.

No hace falta decir que por todas estas circunstancias la Feria de Mairena era la mayor atracción para toda la gitanería de la periferia sevillana y muy particularmente de Triana, que, según las noticias que nos ha dejado el costumbrista polaco antes aludido, tenía, una población gitana mayor que la no gitana, constituida en su mayoría por una masa proletaria de alfareros allí afincados antes de la entrada de los gitanos y que, aunque convivían en

cierto modo, mantenían unas fronteras de vivencias rígidamente separadas.

Así podemos comprender todo este complejo problema sin que pretendamos sacarnos nada de la manga, sino sólo con el deseo de clarificar el origen del cante alcalaño por soleá.

Según datos que se archivan referidos a la Feria de Mairena, era Alcalá la primera población en la que por su hospitalidad, acomodos adecuados y cercanía, escogía la mayoría de los gitanos trianeros que acudían a tan atrayente feria; gozaba de sus preferencias el arrabal de su famoso castillo donde existían muchos refugios-cuevas, circundado por el río y con abundante vegetación. Muchos de ellos se quedaban en aquel lugar para siempre, bien porque encontrarán más hospitalidad, bien por sentir menos el acoso de las autoridades; incluso les fue posible tomar en propiedad algunas de aquellas cuevas como vivienda permanente y sin exigírseles nada a cambio. Allí estaban a cubierto de la estrecha vigilancia que soportaban en el barrio de Triana, donde se asentaron en parte debido a la atracción del abundante comercio procedente de América y que dio a Sevilla el nombre de Puerto de la Indias.

Presumiblemente, antes incluso de la feria mairenera, se habrían asentado en Alcalá algunas familias gitanas, como sucedió en todos los pueblos de la periferia sevillana; pero es indudable que la

Feria de Mairena supuso un motivo de primera magnitud para la invasión de aquellos individuos que cantaban, bailaban y buscaban medios económicos o, como decimos los gitanos, *jayares*. Por eso, pienso que todo el trajín festero de la Triana de aquel tiempo y, asimismo, todas las actividades comerciales, incluídas las buñoleras, propias de los gitanos, se trasladaron a la Feria de Mairena y también a la posterior en el tiempo, de Alcalá.

Desde principios de este siglo hasta los años cuarenta, el marco de la feria alcalaña fue el comprendido entre la Plaza del Duque y el Perejil y allí acudían puntualmente todas las gitanas buñoleras de Triana que en sus casetillas de finos encanjes vendían sus cuscurrentes artículos, como yo tuve ocasión de presenciar.

Con la base de este cúmulo de influencias y a partir de las distintas épocas que he ido señalando, se introdujo en Alcalá una levadura trianera que germinó de forma lenta y hermética y que al principio fue como una nebulosa que empezó a florecer entre aquellos gitanos afincados en los alrededores del castillo, produciéndose de forma natural un cante por soleá que, primitivamente, era sólo bailable. Poco a poco este cante debió ir impregnándose de los sabores alcalaños, de su ambiente, de sus rumorosas aguas, del color de su albero, de su sol, del perfume de su vegetación, de los Paraísos, hasta convertir el cante y al gitano que lo hacía en un ser

especial con unos matices que hemos comprobado que, excepto en Mairena, no florece en ningún sitio con el mismo perfume. Y todo ello debido a la influencia del medio geográfico y antropológico.

A comienzos del siglo pasado había ya en Alcalá una muy concreta y generosa gitanería que se distinguía no sólo por su cante sino por su gracia, incomparable en sus maneras. Recuérdense apellidos tan propiamente alcalareños como los Jiménez, los Franco, los Fernández, los Vargas, los García, los Cruz, los Carrillo, los Bermúdez, siempre emparentados con los de Mairena, Utrera, Villaverde del Río, El Viso, Paradas, El Arahál y Triana.

Por consiguiente, no es disparate pensar que fue levadura trianera la que sirvió para que poco a poco fuera floreciendo el cante de Alcalá en toda su gama de soleares, cuyo número es comparable al de Triana y superior a los demás centros cantaos. En efecto, con la levadura trianera se ha hecho todo el cante gitano-andaluz y sólo Cádiz y los Puertos, Jerez y Alcalá pueden dar nombre a sus cantes, con la diferencia de que el cante de Alcalá, no así otros, no admite aleación alguna, no puede mejorarse con otros aditamentos.

Repasando la discografía de los grandes genios que grabaron el cante de Alcalá, fácilmente comprobaremos que al perder su sabor y su aire genuinos, lo pierde todo porque ese cante no gusta para



vestirse mejor, saltar la barranca del río Guadaira.

Yo conocí a Manuel Torre, el más grande de los genios del cante y cuando quiso hacer el cante de Alcalá, acostumbrado a mejorar lo pobre y a engrandecerlo, no lo consiguió. En varias ocasiones le oí decir que cuando cantara por soleá Joaquín en una fiesta, que no cantara más nadie. Con eso lo dijo todo.

Lo mismo le ocurrió a los Pabones, los genios sevillanos, que con la soleá alcalareña no pudieron. Arturo, Pastora y Tomás fueron indiscutiblemente tres genios. Tomás fue un fantástico soleare-ro que todo lo mejoraba y embellecía: los cantes jerezanos, los de Enrique el Mellizo, los de la Serneta, los de Triana, los de José Yllanda y Paquirri; y lo mismo le ocurrió a Pastora y a su hermano Arturo, y en fin, a todos los gitanos sevillanos, jerezanos y de los Puertos que fracasaron en el intento de asimilar y expresar la soleá alcalareña.

Tan sólo en mi largo caminar por este complejo mundo del flamenco he encontrado un fiel intérprete fuera de esta geografía, porque era astilla de la misma madera y tan alcalareño como el que más: Juan Talega. Y aún otro que para ustedes será una sorpresa, un gitano de Marchena que conocí cuando niño, pues era íntimo amigo de mi padre y a quien llamaban Manolo el Chindo. Era un enamorado profundo de Joaquín y de su cante y lo escuché

por primera vez en una reunión en Mairena con Juan Talega, Pepe Torre y una gitana de Jerez que se llamaba María Pantoja; allí comprobé que el Chindo hacía el cante de Alcalá como yo se lo había escuchado a Joaquín y os aseguro que lo hacía como nadie, hasta el punto que, cuentan, cuando Joaquín lo escuchaba, lloraba como un niño.

Para que el cante de Alcalá no se pierda habrá que hacerle una defensa muy dura, porque los tiempos actuales son muy propicios a cambiarlo todo, salga lo que salga. Por eso, después del feliz alumbramiento de este cante gitano-anadaluz, que por fortuna todavía supervive, creo que merece la pena hacer un esfuerzo por su pura conservación, ya que en dicho cante se expresa no sólo el melancólico y dulce sabor del gitano alcalareño, sino que se condensa todo el encanto de su inigualable geografía, sus aires y sus aromas más peculiares.

Volviendo a nuestra historia, diremos que desde principios del siglo pasado se han ido sucediendo los nombres que de una forma u otra dieron color y sabor a este cante por soleá. Y así, al fundarse la casa de los Paula con la unión de la Paula y el Gordo, como le decían en Alcalá al padre de Joaquín, se produjo el germen genuinamente gitano y de la más pura solera alcalareña que había de imprimir luego a su cante todo el contenido de los misteriosos duendes de Alcalá. De esa unión nacieron Joaquín, Agustín, Carmen, Vicenta y José; de estos

cinco, Carmen y Vicenta, cantaban la soleá bailable y pura; Agustín y Joaquín pararon el cante de Alcalá y lo llevaron al ritmo con que hoy lo conocemos, es decir, para escuchar; el otro, José, no se sabe que cantara y fue el padre de Manolito el de María. Pero, insisto, Agustín y Joaquín fueron las figuras decisivas y magistrales en la fijación y el desarrollo del cante por soleá alcalareño.

El primero de ellos, Agustín Talega, al casarse, se acercó en el cercano pueblo de Dos Hermanas; allí vivió pero nunca dejó de relacionarse estrechamente con su familia de Alcalá. Siendo Agustín un gran solearero —lo sé por su hijo Juan y por un gitano mucho más viejo, de Alcalá, llamado Tío Maero— era mejor siguiroyero, hasta el punto que competía con Tomás el Nitri y Juanelo de Jerez y guardaba una gran cantidad de cantes jerezanos y trianeros que interpretaba muy gitano y magistralmente y que nos han sido legados a través de su hijo Juan Talega.

En cuanto a Joaquín me creo con autoridad para decir que fue el que le dio el punto definitivo a este cante por soleá y quien efectivamente lo llamó cante de Alcalá, quien lo desarrolló de una forma definitiva, elaborándolo con todos los requisitos que ostenta Alcalá y de los que ya he hablado, hasta el punto de que, después, no se ha podido hacer como él concibió y ejecutó. Joaquín le imprimió todos los difíciles duendes desconocidos que luego él se lleva-

ría. Creó poesía dentro del mismo cante y, en definitiva, le dio el sello peculiar de Alcalá, de tal modo que sin ese sello nunca más sería valedero.

Pero Alcalá dio muchos más valores de este mismo matiz de cante en otras familias también gitanas cien por cien. Así, resulta muy digna de mencionar a la Roezna (la madre de aquel gitano de estampa inconfundible que fue Juan Barcelona), que cantaba como Vicenta y Carmen, todos los cantes bailables, pero puros, de esta cantaora ciudad; así mismo, la Roezna se distinguió cantando por *romance* y *alboreá*, como yo tuve ocasión de escuchar en mis principios.

Otra figura de la que poca gente tiene noticias en Alcalá, que si bien era trianero, vivió muchos años aquí y aquí murió, fue uno de los hermanos *Pelao*: concretamente José, tío de los Pabones y que según Arturo y Pastora era fantástico cantando por soleá.

También pasaron muchas temporadas en Alcalá, según refería Joaquín, tres gitanas de Triana que se llamaron Currita la Regalá, la Azalea y la Guaracha, y que cantaban por soleá según la vieja escuela trianera, por lo que dejaron en Alcalá mucha solera cantaora.

La célebre Venta de Platilla marcó una época en la historia del cante gracias a Joaquín. La gente

de toda Andalucía y de fuera de ella, interesada en el Flamenco, venía sólo a conocer a Joaquín y en ella, situada en las proximidades del camino que hoy lleva el nombre del gran cantaor alcalaño, éste devanaba día tras día y noche tras noche, el rosario de sus imperecederos duendes en sus cantes por soleá con el admirable contrapunto del rumor de las aguas del Guadaira cadencioso y rítmico, como son los sones de Alcalá.

Mención aparte merece la serie de comparsas que Joaquín sacó desde el año 1911, cuando el auge de "Las Viejas Ricas", de Cádiz, con sus célebres tanguillos, a los que superó en mucho con el encanto de sus tangos que, tanto por sus *letras*, como por su musicalidad, tenían un aire, al igual que sus soleares, genuinamente alcalaño, por lo que se acreditó, una vez más, como un hombre amante de su pueblo.

Fuera del mundo gitano, Alcalá tenía en aquellos tiempos una serie de buenos aficionados al cante. Joaquín se refería mucho a un tal Juraco, al que recuerdo cuando gané mi primer Concurso en la feria de Alcalá. También entonces conocí a Mediano, un hombre que sólo verlo, se disponía al buen cante. Otro fuera de serie ha sido José Alvarez, del que yo mismo he podido comprobar su altísima inteligencia y conocimiento del mundo del Flamenco, por haber tenido con él muchas conversaciones. También debemos resaltar como profesionales, buen

cantaor y magnífico alcalareño, a Bernardo el de los Lobitos y a un gran artista que, aunque no nació en Alcalá, hay que considerarlo de aquí y que popularizó un fandango amasado en Alcalá que contiene todos los matices de esa ciudad y que fue una de las primeras figuras entre los grandes fandangueros de la época: me refiero a El Sevillano. Tampoco podemos olvidar a aficionados punteros como Eloy Curras, el Curilla y los hermanos Castejones, todos ellos excelentes en el cante por fandangos.

Respeto y consideración aparte mereció el resignado Platero, digno de mejor suerte, a quien yo he conocido en toda su trayectoria artística y del que me consta que no ha tenido fortuna.

Otro de los que de haber tenido otras facultades hubiera alcanzado un sitio preferente, pues en la Alameda tuvo su nombre, es el famoso *Bizquito* de Alcalá. Igualmente conocí a un muchacho a quien la muerte sorprendió en la flor de su vida, cuando estaba triunfando: el *Niño de Alcalá*, el *Sevillanito*. Y otros muchos que, como Paquito León, son merecedores de nuestro respeto, pero que siento no recordar.

Capítulo especial debemos hacer del malogrado Manolito el de María, frondosa rama del tronco de los Paula, que tenía los sonidos de no sé cuántos siglos y cuyas maneras de cante eran puros lamentos en las madrugadas de la fuente de la Retama; era

de mi familia, sobrino de mi padre; otra moneda acuñada en Alcalá que no se volverá a repetir.

Ya nos hemos referido con anterioridad a Juan Barcelona, hijo de la Roezna y de Josele, un gitano que venía a ser como la efigie alada de las Pirámides de Egipto, era la Torre Gorda del Castillo, pues era un alcalareño gigante, tanto en estatura como en gracia y hombría. Siempre tuvo presente que era gitano de Alcalá y sentía las circunstancias de todos como cosa suya, la entrega de su vida era poco para todos los de su raza y a todos los tenía en cuenta, como a Juan *Castelar*, el colmo de la humildad pero también de la gracia y espontaneidad; como el *Algodón*, a quien así llamaban cariñosamente y al que hacía resaltar en todos los festejos organizados por él, haciendo oír a todo el mundo la voz temblorosa y gitana de "su" *Algodón*.

Parece todavía que siento llorar a Manolo *el Poeta*, recitando un poema que dedicara a estos personajes de Alcalá nuestro amigo Manolo Alvarez y que significa un profundo lamento por las cosas que se pierden en Alcalá.

Para que no caiga en olvido el cante por soleá, he tenido que hacer con ustedes de alcalareño, porque, aunque soy de Mairena, la mitad de mi corazón y mi familia la he tenido en vuestro pueblo. Por todo ello, este ya, a mi juicio, largo trabajo, quedaría incompleto si no hiciera mención de un al-

calareño tan grande como lo fueron su padre, y sus tíos y tías. Me refiero a Juan Fernández Vargas, Juan Talega, honra y prez del cante de Alcalá. De Juan Talega debo decirles que si grande y alcalareño era su cante con sus *rajos* negros, como le dijera su tío Joaquín en cierta ocasión, más grande era como hijo enamorado de este pueblo. Lo comprenderéis si os aclaro que mil veces le oí decir en Jerez, en Utrera, en Cádiz, en Madrid, en Lebrija o en Sevilla: ¡Viva Alcalá!, y su remate conmigo era hartarse de llorar por todas esas cosas de la emoción, del cante y de la sangre que en los mejores momentos de nuestra vida nos embargan.

Y con las piedras en llamas del castillo y con todas las bengalas encendidas por sus almenas, allí vivió sus últimos años el Enriquillo, contemplando horizontes perdidos adonde tal vez sólo llegan el sonido de las campanas de las monjas, para poder coger el sueño entonándose siempre con algún cante de no sé cuántos siglos y que sólo escucha aquél que se cría en Alcalá y sabe distinguirlo por puro privilegio de su geografía.

Después de tan largo repaso por la historia flamenca del pueblo de Alcalá, hecho con la mejor intención de acertar en la búsqueda de las raíces de su cante por soleá, quiero pedir perdón por el valor de introducirme en asuntos ajenos a mi no pretendido magisterio sobre el cante, motivo principal, por otro lado, de mi vida y, por consiguiente, penetrar

de rondón en un pueblo que no es el mío e intentar que aflore un caudal de conocimientos que afortunadamente superviven. Pero debo confesar que mi decisión obedece al exceso de cariño que he tenido siempre por Alcalá y que nace de los lazos familiares que con ella me han unido y mi entrega por entero, desde que fui discípulo de aquel genio que se llamó Joaquín el de la Paula, al engrandecimiento de su cante y, paralelamente, a la salvaguarda de su pureza.

Y ya, al finalizar mis años como artista y en la pasividad casi completa, por amor a esta geografía en la que Alcalá y Mairena están inmersas, he creído oportuno dar a conocer este humilde trabajo, lleno de la experiencia sacada de mi larga vida dedicada a estos problemas, con razones o sin ellas, pero sí poniendo el gran amor que siempre he tenido por estas razones que sólo se sacan de esas experiencias, tocadas con mis propias manos y sentidas con mi propio espíritu.

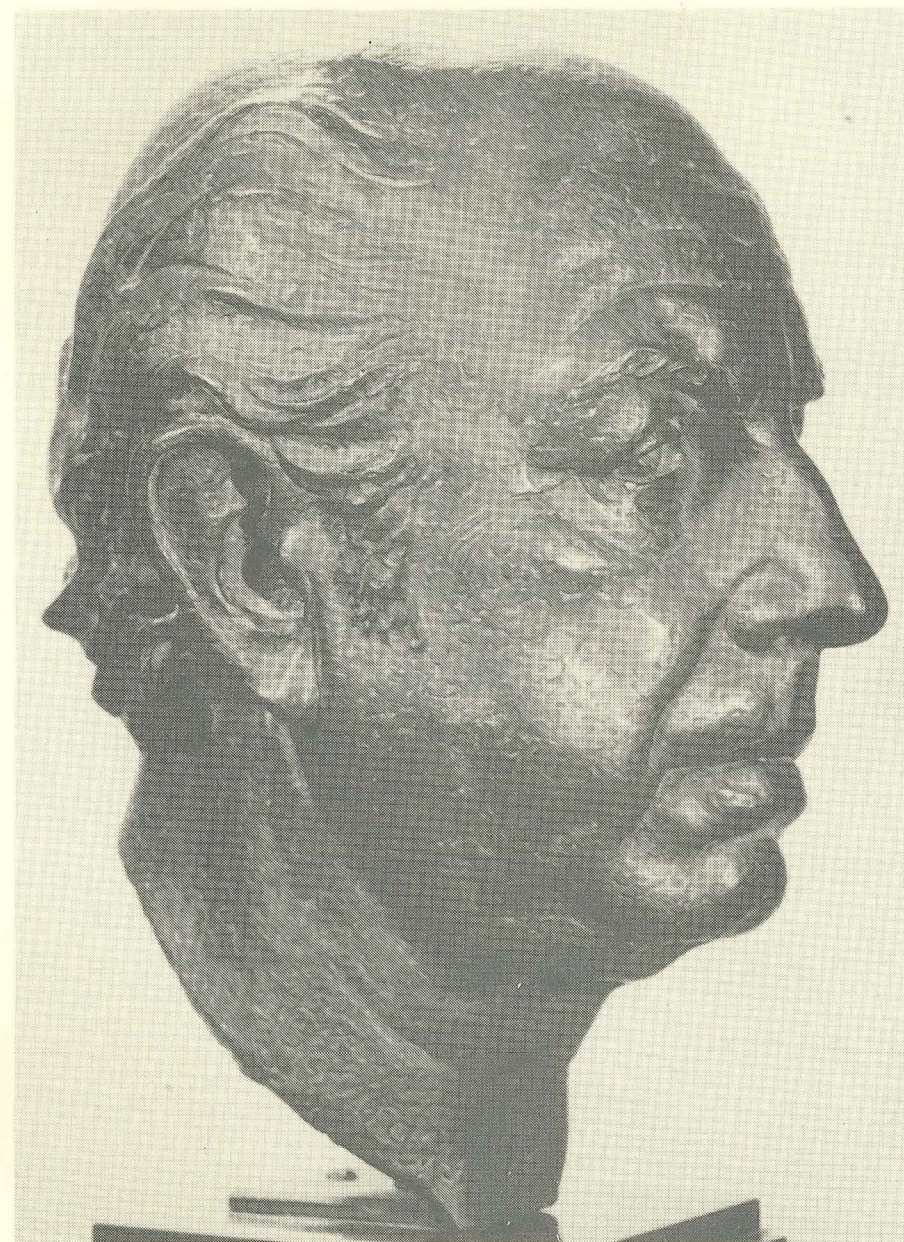
Joaquín ha sido el gran artífice de esta maravilla que hoy podemos llamar cante de Alcalá, como llamamos en el mundo del flamenco al cante de Triana, al de Jerez y al de los Puertos y Cádiz. Joaquín el de la Paula, antes de morir en su más completa humildad, entregó a esta hermosa ciudad de Alcalá de Guadaíra, y también de los panaderos, una riqueza inmensa de matices de cantes por soleá que contenían todos los perfumes antropoló-

gicos del cuadro geográfico de la tierra que lo vio nacer. Pero no fue sólo su gran obra ese cúmulo de cantes, sino que desde 1911 hasta el 1922, dio a conocer unas comparsas carnavalescas que no tuvieron nada que envidiar a las célebres gaditanas. En ellas expresó siempre los más puros sabores alcalareños, porque esa fue su sustancia y su vida hasta su hora final en que se llevó, apresadas en sus sentidos, las panorámicas de su Alcalá, las que se divisan desde la fuente de la Retama, donde tantos *frijones* nos comimos con él, o las majestuosas desde el Castillo y el Aguila de donde tantos motivos se llevó para su gloria.

Con estos recuerdos, con estas recompensas, queremos engrandecer y dignificar su nombre y su obra y, así, los que hoy podemos dar testimonio de este acto de justicia social, hemos de sentirnos orgullosos de que se ha cumplido con una obligación que se le adeudaba a la naturaleza alcalareña y a su razón de ser, para que un día no olvidemos este cante que nos legó Joaquín el de la Paula en su soleá:

*Las tres Marías subieron
al castillo de Alcalá,
a vestir de negro luto
al cante por soleá.*

Desde estos momentos, el cante alcalareño puede vestirse en procesión de gloria y de gala. El negro luto ha cumplido sus días.



SE TERMINO DE IMPRIMIR, el día 31 de diciembre de 1983, fin del año de la desaparición del insigne Maestro ANTONIO MAIRENA, piedra angular del cante gitano-andaluz de todos los tiempos.

Impreso en Offset y Fotocompuesto con caracteres tipo «Times» en el taller de Artes Gráficas de Imprenta Guadaira, S. A. y han intervenido en su edición: Jaime de la Cerda Romero, Jacinto Correa Palma, Alberto Falcón Correa, Juan Antonio Martín Canales, Pedro Báñez Herrea, José Antonio Portillo Martínez, José Manuel Núñez González y Serafín Ordóñez Sola.

Dirección: Francisco Vallecillo
(Responsable del departamento de Flamenco de la Junta de Andalucía).

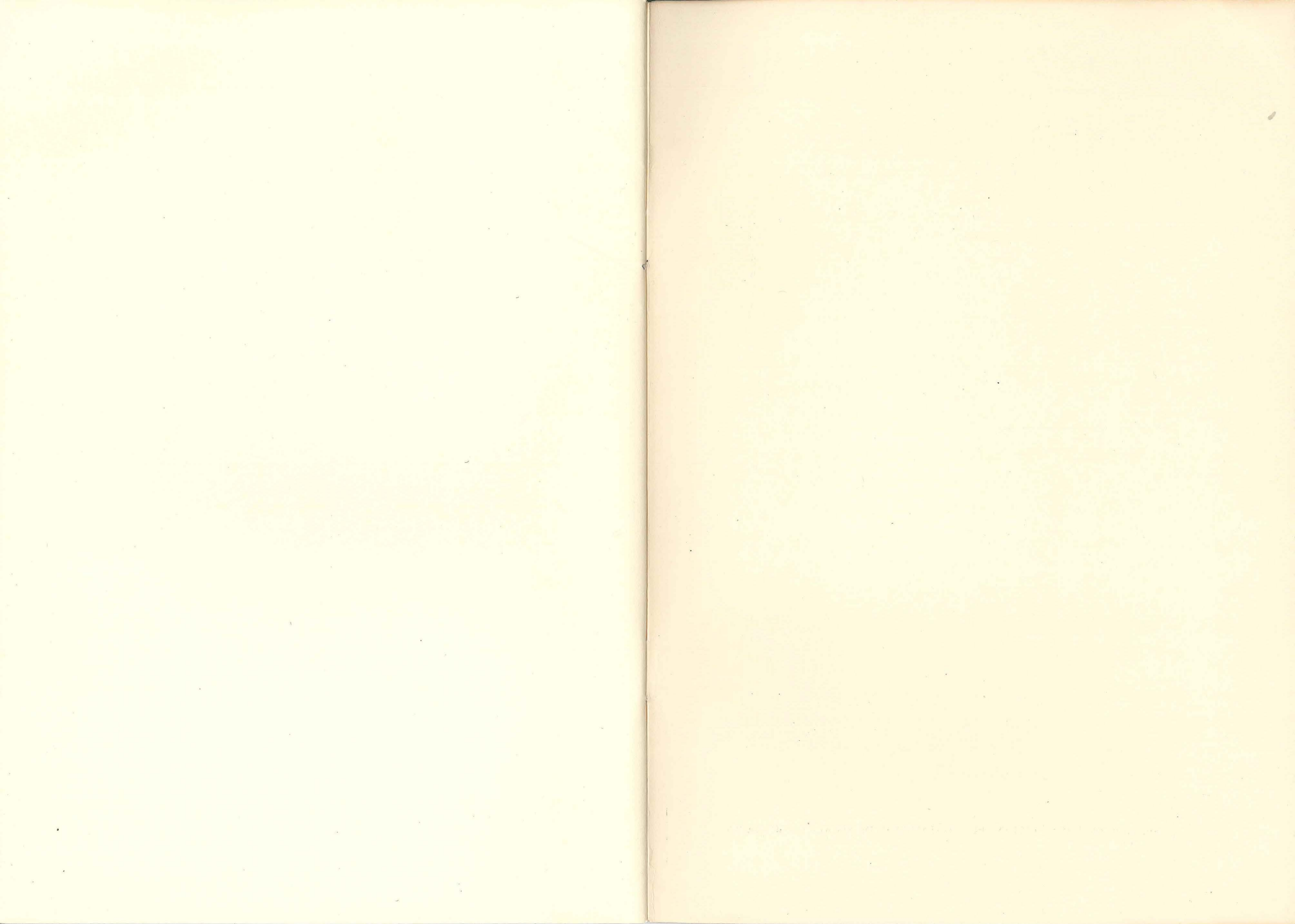
Coordinador y corrector:
Bernabé Sánchez Gutiérrez.

Maquetación: E. Rodríguez.

Bustos: Jesús Gavira.

Fotografías: Manuel Guillén y Archivo de Antonio Rincón.

De la presente edición se han impreso: 100 ejemplares en papel registro crema, numerados a mano del 001 al 100, y 1.000 ejemplares en papel Offset edición.





SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL AYUNTAMIENTO DE ALCALA DE GUADAIRA